

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Jorge Dintilhac, SS. CC.*

*Discurso de inauguración  
de la Universidad Católica*

Cuadernos del Archivo de la Universidad 4

Lima, 1998

## *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

Jorge Dintilhac, SS. CC.

Discurso de inauguración de la Universidad  
Católica.

Lima: PUCP. Archivo de la Universidad, 1998.

18 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la  
Universidad; 4)

## *Presentación*

Este discurso refleja no sólo la intimidad del P. Jorge Dintilhac, sino la penetración en ella de sus reflexiones sobre la necesidad de una universidad católica en el Perú.

Las deliberaciones comunitarias con sus hermanos los Padres de los Sagrados Corazones, durante los años 1915 y 1916, trataron el tema de la necesidad de una universidad católica. Conocían la experiencia de una larga lucha en Francia por la libertad de la enseñanza superior (1810, 1870); la existencia de universidades católicas en Europa, Norte y Sudamérica y Asia; y el caso de Chile donde, además de la Universidad Católica de Chile, su Congregación había iniciado una Facultad de Jurisprudencia en Valparaíso.

El P. Jorge en este discurso inaugural se hace vocero de la preocupación de muchos padres de familia de los colegios católicos de Lima.

El discurso razona en el mundo intelectual de 1910 con los aportes de lo permanente y lo coyuntural, por ejemplo, en materia científica o filosófica.

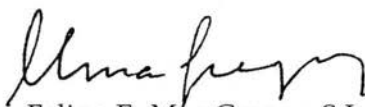
El discurso revela no sólo al hombre de fe sino al caballero quien reconoce hidalgamente la colaboración recibida de religiosos y seculares.

Este hombre sereno, de fe profunda, describirá treinta años más tarde el ambiente y el propio panorama interior después de la sesión de inauguración en la que este discurso fue pronunciado.

*“Y así se hizo. El día y hora indicada se celebró en la Recoleta, la primera Misa Votiva al Espíritu Santo que encargaba la Universidad Católica, y luego se efectuó la sesión de inaugu-*

*ración en lo que es hoy despacho parroquial de la iglesia, con asistencia de un grupo diminuto de alumnos, de los miembros del Consejo y de unos pocos amigos que quisieron, en ese momento solemne, mostrarnos sus simpatías.*

*El corto número de asistentes y la pobreza del local daban a la ceremonia un aspecto de mortal desamparo, que parecía indicar un porvenir aciago para la nueva Universidad; pero a pesar de las apariencias, el árbol debía arraigar y desarrollarse notablemente con las bendiciones del Cielo."*



Felipe E. Mac Gregor, S.J.  
Rector Emérito

Universidad Católica

PLAZA FRANCIA

Apartado, 236 — Teléfono, 1127

BOMA

*Discurso de Inauguración  
de la Universidad Católica  
el 15 de Septiembre de 1912*

Los ideales más, únicos pugnan en el mundo por extraerse el corazón y el espíritu de los hombres. el uno presenta como tema central del salvador: "benedicid primero el reino de los cielos que lo demás vendrá por añadidura." el segundo se resume en este dicho vulgar: "coronémonos de rosas y apurémonos la copa del placer, porque mañana moriremos". Este apuro le presta de los temas de lo eterno, y encierra toda la existencia del hombre dentro del estrecho marco de su vida corporal; que el otro a sus ojos horizontes infinitos y señala como término de su curso una gloria eterna en el seno mismo de Dios.

tiene el único objeto de la educación es preparar el joven para un fin preciso, los naturales que ella tendrá de responder al fin, el ideal que persiga el maestro. en consecuencia cual sea la esencia del curso con respecto del fin último del hombre, tal será el ideal que ya directo ya indirectamente habrá de inculcar en el único del alumno. bien el joven o el maestro no tienen otro fin <sup>que</sup> el de servir y enseñar los puros bienes las regiones del infinito, y a conquistarse los tesoros materiales sólo aquellos que el cielo no otorga, ni los hombres poseen.

esta importancia transcendental que le debe a la educación en general, debe atribuírsele de un modo más particular a la que reciben

Facsímil de la primera página del *Discurso*



*Discurso de inauguración  
de la Universidad Católica  
el 15 de abril de 1917*

Dos ideales antagónicos pugnan en el mundo por atraerse el corazón y el espíritu de los hombres. El uno presenta como lema estas palabras del Salvador: "Buscad primero el reino de los cielos que lo demás vendrá por añadidura." El segundo se resume en este dicho vulgar: "Coronémonos de rosas y apuremos la copa del placer porque mañana moriremos". Éste aparta la vista de las luces de lo alto, y encierra toda la existencia del hombre dentro del estrecho marco de su vida corporal; aquél abre a sus ojos horizontes infinitos y señala como término de su curso una gloriosa eternidad en el seno mismo de Dios.

Siendo el único objeto de la educación el preparar al joven para un fin prefijado, es natural que ella tendrá que responder a ese fin, al ideal que persiga el maestro. En consecuencia cual sea la creencia del educador respecto del fin último del hombre, tal será el ideal que ya directa ya indirectamente habrá de infundir en el ánimo del alumno. Feliz el joven cuyos maestros no tengan otro afán que el de dirigir y encaminar sus pasos hacia las regiones del infinito, y a conquistar no los tesoros materiales sino aquellos que el orín no oxida, ni los ladrones roban.

Esa importancia trascendental que le cabe a la educación en general, debe atribuirse de un modo muy particular a la que reciben los jóvenes en la universidad; no solamente por ser la universidad la que introduce al joven en las más altas disciplinas del saber, y la que imprime un rumbo definitivo a su espíritu, sino también por-

---

La Universidad Católica se inauguró el domingo 15 de abril de 1917. Al día siguiente, el discurso fue comentado en los diarios limeños con diversos calificativos: *hermosísimo* (**La Unión**), *interesante...* y *muy aplaudido* (**El Tiempo**), *corto* (**El Comercio**).

que la universidad es el aula y la escuela donde se forman los futuros dirigentes de la sociedad. De ahí la lucha abierta y tenaz que hace más de un siglo se ha trabado entre la Iglesia y los corifeos del neopaganismo en el terreno de la escuela y especialmente en el de la universidad; porque si la Iglesia no tiene como amiga a la instrucción superior no puede desempeñar debidamente la misión salvadora que le confiere el Hijo de Dios, y por otra parte teniendo las universidades en sus manos, con poco esfuerzo y en corto tiempo pueden lograr los adversarios de Cristo dar al traste con la religión de todo un pueblo.

El sólo deseo de conservar la fe en las naciones es el que ha movido a los sumos pontífices a reiterar sus advertencias sobre el inminente peligro de corrupción moral y religiosa que se seguirá inevitablemente del espíritu de incredulidad reinante en casi todas las universidades oficiales del mundo, y con el objeto de remediar ese mal, no han omitido esfuerzo de ninguna clase con el de suscitar, alentar y fomentar por doquiera la creación de universidades católicas, las que a manera de faros luminosos, vengán a disipar las densas tinieblas que la enseñanza incrédula ha vertido en el mundo del pensamiento y a indicar cuál es la senda que conduce a las naciones por el verdadero progreso hacia la verdadera felicidad.

Casi todas las naciones del mundo han correspondido ya a ese llamamiento de los sumos pontífices: Bélgica, Austria, Francia, Suiza, España, Italia, Estados Unidos, Colombia, Chile, Argentina, etc. sostienen universidades católicas, que las familias cristianas tienen a honra favorecer. Para que se eduquen en ellas mandan a sus hijos por estar convencidas que ese es uno de sus deberes primordiales. Turquía mahometana y el imperio pagano del Japón no van a la zaga de las demás naciones, pues en ellas la universidad católica educa la flor de la juventud.

No podía el Perú, patria de tantos santos y foco en otros tiempos del más fervoroso catolicismo, ser uno de los pocos países del mundo donde la enseñanza tradicional no tuviera sus centros propios de cultura; no era posible contemplar con indiferencia el desaparecer lento pero seguro de la fe de nuestra sociedad, así como

se ve languidecer y secarse el árbol cuando el jugo vital no llega a sus raíces. Porque el Perú adolece también del mal general de la incredulidad y de la indiferencia, enfermedad mortal que no se cura sino volviendo franca y decididamente a la verdad íntegra, abrimos hoy día la tan deseada Universidad Católica, convencidos como estamos de los innumerables bienes que está llamada a producir y que con ella llenamos el más vivo anhelo del Perú católico, manifestado por boca de sus jefes legítimos los ilustrísimos obispos de la República en última asamblea, anhelo que acaban también de exteriorizar las nobles matronas de la "Unión Católica" de Lima en una calurosa nota dictada por el amor materno, unido al más acendrado cristianismo. Esta nota, mandada a la prensa de la capital, debe citarse en este acto de inauguración porque ella constituye, más que una delicada y muy halagüeña manifestación de simpatía, una prueba razonada de la necesidad de nuestra obra y una garantía de su estabilidad y progreso. En ella la Unión Católica de señoras: "resuelve aplaudir, alentar y prestar todo apoyo material y moral que pueda a los beneméritos iniciadores de la Universidad Católica en Lima, realizando con esa noble iniciativa de trascendental y decisiva importancia para la juventud peruana, el ideal más hermoso y más anhelado por todas las madres y por la mayor parte de los padres de familia que hasta ahora habían visto truncadas las esperanzas que cifraban en la cristiana educación que se esforzaban en dar a sus hijos, viéndose en la dolorosa disyuntiva o de negarles una profesión o de dársela a costa de sus creencias, sin cuya base no puede existir ni la moral ni las buenas costumbres."

Con estas palabras de las más ilustres damas de Lima, queda hermosa y abundantemente justificada la fundación de la Universidad Católica en Lima.

### *La Universidad Católica y la ciencia*

Es un error vulgar el creer que la nueva Universidad Católica, a causa de la religión revelada que profesa, ha de ser un obstáculo al progreso de la ciencia en nuestra sociedad. Los que han formulado esa objeción ignoran sin duda o afectan ignorar los preclaros nom-

bres de tantos católicos y creyentes que forman las más hermosas constelaciones en el cielo de la ciencia. Si la religión católica fuera enemiga de la ciencia, no hubiera salvado en la Edad Media a costa de tanto sacrificio los tesoros de la civilización antigua; ni las tan merecidamente renombradas universidades medioevales, en comparación de las cuales las más célebres de hoy no son una pálida sombra; ni en la actualidad creara centros docentes de todas clases, no solamente en los países civilizados sino también en las regiones donde reina la barbarie. ¿Cuál es el ramo de las ciencias humanas en que no descuellan sabios creyentes? Pasteur y Ramón Cajal, Cuvier, de Quatrefages y de Lapparent, Dumas, Faraday, Secchi, Faye, Le Verrier, Cauchy y otros muchos, que sería prolijo recordar, son astros luminosos cuyo brillo no empaña la fe cristiana de que hicieron alarde .

Es que la ciencia que los adversarios de la religión oponen a los dogmas no es la ciencia de los verdaderos sabios. Esa ciencia que se jacta de explicar los misterios y rechaza con desdén los milagros; la ciencia orgullosa que pretende reemplazar con el curso de los años la moral y la religión; esa ciencia de los tan soñados conflictos con la religión, esa ciencia ha pasado ya de moda y ha sido repudiada hasta por los mismos prohombres de la filosofía heterodoxa.

“Importa mucho, escribe Boutroux (*Science et religion*), considerar el cambio que en nuestros días se ha verificado en la idea de ciencia. Hace poco la ciencia era el conocimiento absoluto de la naturaleza de las cosas. Era el saber cierto y definitivo en oposición con la creencia variable e individual, y vanagloriándose de sus conquistas, que debía al descubrimiento de sus verdaderos principios, no ponía límite a sus alcances ni a sus derechos... pero la ciencia así entendida no era propiamente ciencia; era más bien una especie de metafísica exclusivista que arbitrariamente eliminaba de la verdad todo cuanto no podía reducirse a elementos materiales y mecánicos.”

La ciencia tiene su propio terrero, el de la experiencia, y cuantos han pretendido a nombre de la ciencia determinar el origen y el fin último del hombre han pedido a la ciencia lo que ella no podía dar.

De los siete enigmas que el célebre Dubois Raymond señalaba ya en 1880, cuatro decía ser insolubles para la ciencia : la esencia de la materia y de la fuerza, el origen del movimiento, el origen de la sensación simple y la libertad de la voluntad.

“Esos problemas, agrega Boutroux, están efectivamente fuera del alcance de la ciencia, la que no puede, por extensa que se la suponga, alcanzar nunca ni el origen ni el fin último de las cosas.”

La verdadera ciencia ha vivido siempre en perfecta armonía con la religión; las universidades católicas en todos los tiempos y en todos los países han tenido a honra el fomentarla y la nueva universidad que hoy inauguramos trabajará por su extensión en la medida de sus alcances. Y como fehaciente de que no le arredra la luz, hace obligatorios, desde el primer año de la Facultad de Letras, cursos nuevos en la enseñanza universitaria del país y que suministrarán medios indispensables de investigación al joven que altamente la noble aspiración de nutrir su espíritu con el meollo de la ciencia.

En los claustros de la nueva universidad, crecerán a la par la ciencia y la religión, sin estorbo ni conflicto, pues son ellas hijas de un mismo padre y destellos de una misma luz, que al juntar sus rayos en el espíritu del joven disiparán incertidumbres y dudas y lo introducirán en la región de la luz, de la verdad y de la vida.

### *La Universidad Católica y la filosofía*

En la Universidad Católica de Lima, como en todas las demás de su género, que para bien de la humanidad florecen en casi todas las naciones civilizadas del mundo, se enseñará la filosofía escolástica, o sea, la filosofía de la humanidad, la que ha sido fundada por los más profundos pensadores de la Grecia, expurgada y ampliada por los grandes genios de la Edad Media y muy especialmente por el príncipe de los filósofos, el inmortal Santo Tomás de Aquino.

La filosofía escolástica no es, como aseguran algunos escritores, un sistema de doctrina basado en la autoridad; la autoridad para ella

es uno de sus menores fundamentos; la escolástica no conoce otros medios que la observación y el razonamiento; y los mismos puntos que le son comunes con la fe los trata ella magistralmente.

Por eso contemplamos el fenómeno singular que nos ofrece una filosofía que cultivada hace tantos siglos no ha caído jamás en la exageración ni en esos errores groseros que informa la filosofía heterodoxa con las solas luces de la razón. La libertad filosófica de los escolásticos y la lozanía de sus razonamientos se prueban palpablemente en esa multitud de obras donde campea una profundidad asombrosa a la vez que una claridad sorprendente, sirviéndole la verdad revelada que reconoce, no para suplir el ejercicio de la razón, sino a manera de luz bienhechora para apartarla del escollo.

La filosofía escolástica basándose en el principio de causalidad sabe remontarse de los efectos a las causas y de las causas segundas a las causas primeras para contemplar desde allí las sendas que conducen a todos los seres a la fuente primera de do salieron; esa filosofía que guarda el punto medio entre el panteísmo y el materialismo, entre la tiranía del poder y la anarquía de las masas, que fija obligaciones a la propiedad y señala los derechos del proletariado, que combate el absolutismo del estado a favor de los derechos de la familia, de la mujer y del niño, esa será la que ilumine y guíe el intelecto y el corazón de los alumnos de la Universidad Católica. Ella les presentará un conjunto de ideas y de conclusiones, las más completas, las más exactas, las más armoniosas sobre Dios, el mundo, el hombre y la sociedad. Ella les indicará la manera de pensar y de raciocinar, de remontarse de lo sensible a lo espiritual por caminos seguros y rectos hasta llegar a un punto único, central, donde se juntan armoniosamente todas las disciplinas, así como en las bóvedas de las catedrales todas las líneas y piedras del edificio vienen a rematar en una piedra única, que es la clave del edificio, en la que se cierran y sostienen todas ellas a la par. Porque en la filosofía escolástica la moral no está reñida con el arte, ni la sicología con la metafísica, ni el progreso con la religión, ni la materia con el espíritu. No, con tener todas esas disciplinas su objeto propio, las compenetra un mismo espíritu; son páginas de un mismo libro, cuerdas de una misma lira, partes de un mismo edificio,

ríos de aguas limpias que despide y vuelve a absorber la misma eterna fuente de vida: Dios.

El joven discípulo de tal filosofía se verá pronto en un mundo armonioso a pesar de sus aparentes contradicciones físicas y morales, y en vez de ser víctimas del negro escepticismo, amante de una vida siempre más llena y más fecunda irá subiendo de perfección en perfección por la senda del bien y de la intelectualidad.

### *El ideal griego y el ideal cristiano*

Hubo en la antigüedad un pueblo dotado de un talento maravilloso para cultivar las artes que hermocean y acrecen el dulce placer del vivir. La transparencia admirable del ambiente avivaba su ingenio; un cielo clarísimo y azul de sus mares prestaron colores a su imaginación; de sus fuentes límpidas y de sus frondosos valles brotaban raudales de poesía, al tiempo que un pueblo libre descontentadizo, pero de gusto delicado e irascible, exigía para el deleite de sus ojos estatuas de mármol viviente y templos que reunieran la elegancia y la proporción; y para recrear sus ocios, dramaturgos de alma robusta y apasionada y oradores de verbo nítido y candente: ese era el pueblo griego.

En los tiempos que le han seguido, en vano se han esforzado los literatos de todas las naciones en imitar la suavidad de sus ritmos; muy pocos pensadores han alcanzado la sublimidad de sus filósofos y sus arquitectos han tenido émulos, pero no iguales.

Este pueblo privilegiado, que con acentos inimitables cantó la dulzura de la vida y rindió culto a la belleza corporal, que procuraba realzar con ejercicios especiales y una legislación particular, es aquel que se ha pretendido no pocas veces, presentar a la admiración e imitación de las nuevas generaciones, no sólo por su mérito de pueblo artista sino y muy particularmente como tipo y modelo de belleza humana, viva y completa, cuyo espíritu y costumbres han de emular las generaciones deseosas de alcanzar el perfecto desenvolvimiento de sus facultades y de su vida.

Pónese en contraposición el Olimpo con el Calvario; la brillantez amable y sensual de la religión pagana con la desnudez y abatimiento del divino crucificado; las estatuas de sus héroes repletos de salud y de fuerza muscular con las efigies de los santos escuálidos y abatidos por la mortificación y las torturas. Luego píntanse escenas llamativas de la vida pagana en donde todos los placeres se dan cita para embriagar al feliz mortal que en toda alma cristiana infunde el recuerdo de un Dios santo y justiciero.

Mas, si los celosos panegiristas del ideal pagano recorrieran un tanto el velo artístico que cubre el fondo de la civilización griega ¿cuánta corrupción aparecería a nuestra vista? Allí se vería sólo un puñado de ciudadanos orgullosos gozar de la tan decantada libertad griega; al niño débil arrojado al precipicio o abandonado en los caminos; a la mujer recluida en el gineceo, y al vicio triunfante cantado y aplaudido a porfía por los poetas y los sofistas.

Siendo el placer y el goce artístico la única norma de su vida, natural era que mientras sacrificaban a la diosa Venus o a Cupido, arrojaran lejos de sí toda ley y toda traba moral que enfrenaran sus caprichos; y que el mismo gobierno y la misma sociedad fuesen organizados no con el fin de extender a todos por igual los bienes de la civilización sino de favorecer a unos privilegiados quienes se reservaban para sí el derecho de vivir en la ociosidad, mientras que los más, que eran los esclavos sin bienes y sin patria, trabajaban hasta el último suspiro para sustentar a sus dominadores.

No basta [par]a neutralizar la crudeza de este cuadro la virtud austera de uno que otro estoico, porque además de ser el estoicismo una escuela filosófica inaccesible, el practicar la virtud por la virtud, el afectar insensibilidad tanto para el placer como para el dolor, sin otra finalidad que la satisfacción del propio orgullo, no es una moral humana, pues el hombre necesita fundamentar sus acciones en un motivo racional, y no existe otro fuera de Dios.

El ideal que la Universidad Católica ha de proponer a sus alumnos no será por cierto el ideal pagano que por un camino de rosas conduce al individuo y a las naciones al abismo, sino al ideal cristiano que nos hace libres y lleva a los pueblos el verdadero progre-

so. Este sublime ideal está simbolizado por una cruz, no sólo porque en ella murió nuestro Maestro, sino porque sin el sacrificio no hay adelanto posible. Sin el sacrificio y la abnegación de las madres, la familia y la patria carecerán de hijos y de ciudadanos; sin el sacrificio el joven no adquiere la ciencia, sin el sacrificio no progresan ni las artes ni las industrias. Cuando la patria necesita defender el honor de su bandera pide que sus hijos le ofrenden su tranquilidad y hasta sus mismas vidas: en fin la cruz es la constante compañera del hombre y quien pretenda arrojarla de sus hombros no puede hacerlo sin detrimento de sus deberes y de su honor. El grano de trigo debe pudrir en la tierra antes de germinar, el hombre debe sufrir con valor las asperezas y humillaciones de la cruz antes de llegar al triunfo.

### *Conclusión*

Acabo de exponer sucintamente cuál es el objetivo y cuáles las aspiraciones de la Universidad Católica. Ellos son de tanto interés e importancia que no puede haber verdadero católico ni patriota que no deba interesarse por ella.

Entre los primeros han sido los ilustrísimos obispos de la República en dirigirnos palabras de felicitación y de aliento. En Lima numerosos católicos nos han brindado su favor y ayuda, y si no temiéramos herir su modestia, nuestro mayor gusto sería apuntar aquí sus nombres, que sin duda alguna merecen inscribirse en los fastos de la historia peruana.

Amparada como lo está por la simpatía de los católicos de Lima y de la República, la Universidad Católica puede mirar con confianza el porvenir; nace humilde en un local provisorio, mas esperamos confiadamente que Santa Rosa de Lima, a quien ha escogido de patrona, sabrá mover los corazones de sus entusiastas protectores, a fin de que lleven a feliz término la obra comenzada.

Y al terminar debo el testimonio de mi profundo agradecimiento a los RR. PP. Martínez Vélez, Malzieu y Lazo, y a los señores Raimundo [Morales] de la Torre, C[arlos] Arenas Loayza, Guillermo

Basombrío, V[ic]tor González Olaechea y Jorge Velaochaga, que se han dignado compartir conmigo las responsabilidades y cuidados inherentes a la organización de una obra tan delicada y tan vasta; asimismo, a nombre mío y del Comité Organizador debo tributar el testimonio de mi más sincera gratitud a los RR. PP. y distinguidos caballeros que en hora tan difícil han tenido a bien aceptar una cátedra en nuestra Universidad, a saber: los RR. PP. Martínez Vélez, de la O[rden] de San Agustín; Dr. Santiago Pérez Gonzalo, de los H[ermanos] del C[orazón] de M[aría]; y los Sres.: Raimundo Morales de la Torres, Dr. Carlos Arenas Loayza, y Dr. J[osé] Leonidas Madueño en el año de la Facultad de Letras; al R.P. Dr. Mariano Aguilar, de los H[ermanos] del C[orazón] de M[aría], y a los SS. C. Toribio Alayza Paz Soldán y Dr. Carlos Arana Santa María para el Iº de la Facultad de Jurisprudencia.

No debo olvidar a los valientes jóvenes que a pesar de los temores infundidos por escritores malévolos han tenido a honra el ser los primeros alumnos de la Universidad Católica.

Señores y señoras, a nombre de la Universidad Católica os doy las gracias por haber realizado con vuestra presencia el importante acto que hoy realizamos.

Al amparo de Santa Rosa de Lima, la Universidad Católica va a comenzar en este año de 1917 su obra de regeneración moral y religiosa.

*Jorge Dentithy*  
rector

## PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

### *Archivo de la Universidad*

*César Gutiérrez Muñoz*  
Archivero de la Universidad

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
Archivera

*Arturo Fernández Farro*  
Alumno colaborador

*Vanessa Veintemilla Minaya*  
Archivera colaboradora

*Jhon Rodríguez Herrera*  
Conservador

*Elizabeth García Vásquez*  
Diagramadora

Ejemplar N°

El número 4 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el miércoles 15 de abril de 1998, octogésimo primer aniversario de la lectura del discurso de inauguración de la Universidad Católica, en Fredy's Publicaciones y Servicios e.i.r.l. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.